

Pasaje de mi vida en campaña (Testimonio)

Autor: MSc. Luis Martínez Zamora

“Somos dianas a donde arriban los proyectiles del destino”

No profeso ideas religiosas, pero confieso que debe existir un destino al que inexorablemente estás atado. Lo concibo como una conjunción de circunstancias que proyectan la foto de tu futuro, y la foto de todos los días de tu vida, que en mi caso estuvo signada por la violencia, a pesar de que soy pacífico por naturaleza.

Mis sueños juveniles coquetearon siempre con el modesto horizonte de tener una finquita propia, casarme y tener hijos que aspiraran a una vida más placentera que la mía. Nací el 15 de junio de 1934 en la finca Paula, barrio Sierra que hoy denominan El Pitirre, de este término municipal de Los Palacios. Me nombro Víctor Manuel Páez Ribero. Mi niñez transcurrió humildemente en fincas al norte de Los Palacios. Éramos 10 hermanos y esa circunstancia constituyó un factor desfavorable para el desarrollo sociocultural de una familia de escasos recursos financieros. Sin embargo, bajo el influjo de mi padre que tenía sexto grado y que leía cuanto periódico, revista o libro caía en sus manos, todos nosotros excepto Hilda, logramos concluir la primaria. Recuerdo que la escuela pública era el número 6, José de la Luz y Caballero, donde tuvimos una excelente maestra nombrada Josefina Ochoa Linares, quien vivía en la Calzada de la Coloma y nunca faltaba a sus clases.

Fui cortador de caña y mozo apoderado de un campesino pudiente. Esa frase hace tiempo que está en desuso, pero entonces brillaba como un título. Significa algo semejante a un joven trabajador para quien el dueño, generalmente un hacendado, reserva especial afecto y determinados privilegios como el de sentarse a comer a la mesa principal.

En 1956 me incorporé al movimiento 26 de Julio. Toda guerra está encaminada a destruir la base económica que sustenta al adversario y a diseminar la ideología que pretende alcanzar el poder, de modo que me vi inserto en la quema de cañaverales, casas de tabaco, redes eléctricas, etc. Repartí mucha propaganda y vendí innumerables bonos para la recaudación de fondos. Vivía en una permanente espiral de tensión y vigilia. Por cualquier de esas acciones Menocal te pasaba la cuenta, pero la astucia es tan certera como una bala de máuser. Yo fingía ser un manso trabajador. Siempre he sido desconfiado; una lengua indiscreta puede perder a un hombre y hasta una causa justa.

Me mantuve en esa vorágine hasta noviembre de 1957. Por orden de la Dirección del Movimiento, cuyo coordinador en Los Palacios era el moro Heriberto Abay, fueron paralizadas nuestras acciones, pues se pretendía organizar el frente guerrillero de Pinar del Río. El intento de crearlo en noviembre del 56 por la zona del Guayabo, fracasó. La acción a mediados del 57 en el Mameyal, no superó los 20 días. Hubo que esperar a marzo del 58, para que Juan Palacio Beltrán, en la zona del Cacho, fundara el frente, que llegó a contar con 52 combatientes, en cuyo escalafón me correspondió el número 5. A mí casi siempre me ha tocado bailar con la más gorda. Mi misión consistía en fungir como práctico y enlace entre la montaña y el llano, lo que me exponía constantemente a ser detectado por el enemigo, que contaba con su red de

colaboradores conocido por el despectivo mote de "chivatos", pero la vida es una vasta red de experiencias que un día constituye tu derrotero de luz y te salva de caer en el hoyo de la fatalidad. Yo conocía esa geografía como la palma de mi mano. En cientos de kilómetros a la redonda, sé dónde fluyen las aguadas en minúsculo arroyito, el manantial exiguo, cuáles sitios son propicios para la emboscada, dónde están diseminadas las cuevas y sus dimensiones, las antiguas veredas y las recientes, los caminos ciegos que no llegan a ninguna parte, trampas mortales para una tropa agotada. Puedo caminar sin dejar huellas verdaderas a través un terreno fangoso, haciéndolo de espaldas para despistar al perseguidor o arrastrarme silencioso por la hojarasca como un majá. Todo eso me evitó la muerte muchas veces. Una experiencia de alzado en armas que años después tendría que utilizar contra otros alzados conocedores de los mismos trucos.

Pronto comenzaron las desertiones, porque la guerrilla para sobrevivir debe soportar penalidades muy duras. Tuvimos algunas escaramuzas con el ejército. Dos desertores resultaron ser espías que dejaron señales previamente acordadas de nuestro campamento y sus dependencias que guiaron a los aviones B-26 durante un combate muy intenso. Las copas de las palmas y de árboles diversos volaban como sombrillas mutiladas. El ruido atroz de las explosiones, la tierra que revienta de mil maneras, son factores desencadenantes del terror. Luego del bombardeo solo quedaron 13 hombres; hubo varios heridos, pero la mayoría desertó. Uno menos y se hubiese repetido el resultado de Yara y Alegría de Pío.

Poco tiempo después el comandante Palacios decidió desmovilizarnos: una retirada estratégica en espera de mejores oportunidades. Él partiría hacia la Sierra Maestra para entrevistarse con Fidel; nosotros pasaríamos a la clandestinidad. El 25 de julio de 1958 partimos para el Abra de Caiguanabo y allí quedó conformado el Frente Guerrillero de Pinar del Río, comandado por Dermidio Escalona Alonso. Poco después asaltamos el cuartelito de San Andrés y quemamos el chalet de Chucho Díaz, un latifundista batistiano. Éramos 18 combatientes y contactamos un práctico que nos llevaría a Seboruco. Algunos apenas podían caminar por el agotamiento y las insufribles ampollas. Un guerrillero en esas circunstancias no debe quitarse las botas, pues empeora su situación, al volvérselas a poner duplica el sufrimiento cuando se está en marcha permanente. Sobrevenida la crisis, subimos a Las Catalinas. "Aquí es el Seboruco" nos dijo el práctico, al que se le dan 200 pesos para que buscase avituallamiento. Salió hacia la bodega "El Mameyal". Estuvimos esperándolo 5 días. Nunca regresó.

Escalona decidió salir y arribamos al Río de Los Palacios, cerca de su nacimiento. Los hombres estaban extenuados, algunos descalzos, hambrientos todos. Divisamos una casa y nos llegamos a ella, les compramos a sus dueños un cochino y malanga. Subrepticamente el viejo de la casa se dirigió al Mameyal y trajo a los guardias. Fuimos sorprendidos. En la refriega hirieron a Escalona en una pierna y mataron al doctor Isidro de Armas y a Seferino Fernández Viña. Nunca sospechamos del práctico, un hombre afable y conversador que bajo su piel escondía a un traidor. Todo hombre es invisible en relación con el otro; lo mismo nos sucedió con el viejo de la casa a orillas del río. Fausto Ramos, un botero de nuestra zona trasladó a Escalona para la Habana. Nosotros esperamos hasta el 10 de septiembre en que regresó ya restablecido. Se logró reunir un nuevo grupo de 23 combatientes. El 12 salimos para reconocer zonas de Rancho Mundito y Rangel. Nos dirigimos hacia las lomas de Cabañas. En el trayecto sostuvimos un tiroteo con el ejército. El 10 de octubre participamos en el ataque al cuartel de Las Pozas que resultó un éxito. Logramos penetrar sorpresivamente en zonas interiores del cuartel, pero no pudimos

mantenernos como consecuencia de haber colocado erróneamente las emboscadas. En la guerra hay poco margen para las improvisaciones; pueden surgir infinidad de detalles, imprevistos, pero los aspectos medulares tienen que preverse. El arte militar es vasto y complejo. Toda unidad atacada inmediatamente informa a sus mandos superiores, los que enviarán refuerzos; ese es el ABC, y así aconteció en las Pozas. En la retirada, lamentamos un herido y nos apoderamos de varias armas; ellos tuvieron alrededor de 20 bajas.

Sería en extremo fatigoso enumerar los cientos de kilómetros recorridos a través de abruptos lomeríos, farallones impenetrables, ríos crecidos, a la intemperie, sufriendo sed, hambre, calor, frío. Creo haber caminado en mi vida, sumando al período posterior al triunfo de la Revolución, tanto como ese conquistador español Álvar Nuñez Cabeza de Vaca, que dicen, caminó desde la Florida hasta zonas centrales de México. Debe ser por eso que aún casi al arribo de los 70, me mantengo fuerte y ligero como un buen soldado de infantería. En ese mes de octubre yo permanecería en la comandancia del frente en Seboruco, como práctico y enlace con los grupos de combatientes.

Con el arribo del Triunfo de la Revolución pensé que se iniciaría un período de calma y descanso para mí, pero resultó todo lo contrario. Durante 1959, ascendido a teniente, fungí como jefe de los cuarteles de Santa Cruz, Candelaria y Los Palacios. Para comandar un grupo de hombres se necesita carácter. Los soldados pueden fugarse hacia pueblos o bateyes en busca de enamoramientos, dormirse en la guardia, ingerir bebidas alcohólicas y otras tantas indisciplinas que pueden resultar tentadoras para el propio jefe.

En 1961 se me ordena partir con un batallón de 620 hombres hacia Topes de Collante, para participar en la limpia del Escambray, que los bandidos conocían tan bien como yo la Sierra de los Órganos, por eso me encontraba en desventaja. Sería tedioso enunciar una minuciosa crónica de tantos tiroteos, peines, cercos, persecuciones y describir tantos lugares hermosos como los de Pinar del Río. Accioné por Topes, Cuatro Vientos, La Güira, Dos Arroyos, Guinía de Miranda, Barrao, entre otros territorios, combatiendo contra las bandas de Cesar Páez, un hombre que se movía como un diablo. De aquellos avatares recuerdo un hecho insólito, en el que milagrosamente no me mataron. Estábamos acampados por Banao, tomando un descanso luego de intensas jornadas de búsquedas y persecuciones, cuando se apareció, intempestivamente un hombre en extremo delgado y alto que dijo llamarse Fidel Rojas. Me informó que sabía dónde tenía su comandancia una banda de alrededor de 40 alzados. La lucha contra insurgentes obliga a ser muy sagaz. Por eso ordené que se quitara la camisa y comprobamos por las marcas tatuadas en la espalda, que se trataba de un hombre habituado a intensas marchas con mochilas, prueba irrefutable de que se trataba de un alzado. No obstante, se propuso como guía y solicitó un arma. Le di una metralleta sin aguja percutora y decidí correr el riesgo.

Me dijo que el jefe era un excomandante del ejército rebelde nombrado Sosa Páez (el segundo Páez que debí enfrentar). Divido la tropa en grupos de a 10 y comienzo a explorar individualmente, pero al comenzar a subir por una cuesta, me sale de pronto un tipo y me apunta con un fusil conminándome a que no me moviera. Me pregunta cuántos éramos y le respondo que un grupito pequeño. Me ordenó que les dijera a mis hombres que fueran subiendo uno a uno; algunos de ellos ya habían oído la conversación, pues hablaba en voz alta a propósito. El hombre se ponía cada vez más nervioso. Naturalmente, yo sentía el miedo que debía sentir cualquier hombre que se

le apunte con un fusil en esas circunstancias, pero me mantenía sereno y alerta. Pasaron algunos minutos largos como siglos. El preguntó: "¿Por qué cojones no acaban de subir?, y reiteró: ¡Llámalos! Tomé una decisión de vida o muerte y grité "Bellique, me cogieron", y de inmediato me lancé loma a bajo, perseguido por una ráfaga de M 3, que increíblemente cegó arbustos, diseminó un surtidor de piedras y tierra a mi alrededor y nubló de muerte un milímetro de espacio sobre mi cuerpo, sin que me rozara un proyectil. El informante siguió con nosotros hasta el final. El combate fue muy recio. Le di mi pistola y se batió valientemente. Provocamos varias bajas y algunos heridos en las filas enemigas. Capturamos a 32, mientras 8 lograron escapar. Ese Fidel Rojas vino a Los Palacios por los años 70, pero no se ha sabido nada de su vida a partir de esa fecha.

Después de 1961, hube de enfrentar en mi provincia, al mando de un batallón, numerosas bandas. Una en especial, originaria de Artemisa, dio mucha guerra. Francisco Robaina Domínguez, alias "Machete", era su jefe, auxiliado por dos extenientes de milicias. Realizaron muchos asesinatos, asaltaron varios cuarteles, se agenciaron las armas del puesto de milicia. En Cinco Pesos asaltaron otro puesto y mataron a tres custodios e hirieron a dos. El líder de la banda logró que un experimentado excapitán del ejército rebelde de apellido Carrales se le uniera, un hombre que había operado en el segundo frente del Escambray. No teníamos respiro con tantas operaciones. Machete capó a un joven delante de su novia y posteriormente mató a su padre. El caudillo había sido sargento del ejército norteamericano durante la guerra de Corea, poseía una tremenda experiencia militar, llegó a constituir una eficiente red de inteligencia con numerosos colaboradores, solía trasladarse en carros mientras su gente se movía por tierra.

Pero a pesar de sus mañas de estrategia, Machete cometió el error de tirotear a un miliciano cerca de Candelaria y pasar a un territorio que no conocía en detalles. Perseguido de cerca, se interna por Piedra 1 y Piedra 2 y por zonas de San Cristóbal y Candelaria. A 25 kilómetros al este de Los Palacios, asalta la casa de Dionisio Chirino y lo asesina. Día y noche nos lanzamos tras ese demencial escurridizo. El quería desesperadamente hacer contacto con un hombre de su confianza de apellido Almírola, pero en la zona adonde llega vivía otro Almírola que pertenecía a un batallón de Milicias. Esto puede sonar a episodio garcíaamarquiano, pero es verdadero. Machete por ese azar que envuelve los destinos, se dirigió al Almírola equivocado, quien lo denunció. Corralito Abajo fue el sitio donde se encontraba cuando asaltamos la casa. El cerco fue dirigido por el capitán Borja. Estaba durmiendo sin sospechar su hora final. Salió de la casa disparando ráfagas de su M3 y murió en el acto junto a 4 de sus compinches.

Esto sucedió a mediados del 62, pero mi relación en ese tipo de guerra continuó hasta 1964. Estoy ordenando mis ideas para integrar otro relato que incluiría, ese espacio y la experiencia combativas en Angola. Hace algún tiempo leí un libro que me gustó mucho. Se titula "Diario de un Rancheador", un hombre del siglo XIX que se dedicaba a perseguir y capturar negros cimarrones, un tal Francisco Estévez. Su misión histórica fue injusta y la mía respaldada por la justicia y la creencia que aún sostengo de que luchábamos por la dignidad del hombre a pesar de los errores que toda obra humana debe encarar, y sin embargo ese Estévez y yo nos parecemos en cuanto a circunstancias análogas: ambos recorrimos cientos de Km. en la misma geografía, en un vastísimo arco desde las montañas en el profundo norte hasta los sureños manglares de Guasimal y Dayaniguas. Se palpa que fue un hombre recio, corajudo y aferrado a su destino como un desmochador a la palma. Un hombre así cuando escoge la ruta del bien es muy efectivo, pero en la zona opuesta puede hacer mucho daño.

Actualmente soy un hombre que aspira a la paz de los campos que embellecen y tonifican la vida. Para llegar a coronel he tenido que bailar con muchas gordas. Luego de miles de vueltas, viajes y episodios que la vida me impuso, retorné al punto de origen donde nací. Trabajo una pequeña parcela de Cultivos Varios. De vez en cuando vengo al pueblo en mi araña, saludo a familiares y amigos y regreso a mi paraíso: un entorno de vegas, palmares y arroyos, lejos del mundanal ruido.

Luis Martínez Zamora (Los Palacios, 1962). Historiador y escritor. Máster en Ciencias de la Educación y Profesor Auxiliar del Instituto Superior Pedagógico. Ha participado como ponente en varios congresos y eventos nacionales de Historia. Artículos suyos aparecen en el periódico *Guerrillero*, la revista *Bohemia*, *El Historiador* (Órgano informativo de la UNHIC) y en publicaciones del Centro de Información del MINFAR. Tiene publicado el libro *1959: Victoria del DIER sobre la CIA*. Es presidente de la UNHIC en Los Palacios.